CAPÍTULO III

Schumpeter y la teoría del desarrollo económico

1. Introducción.

Como hemos tenido ocasión de señalar más de una vez, la teoría del equilibrio económico general dejaba abierta una cuestión esencial: la del desarrollo económico. Recuérdese que en esta teoría se supone que la técnica productiva y las preferencias del consumidor permanecen constantes. En tales condiciones, el sistema no puede evolucionar sino hacia un «estado estacionario», en el cual el único crecimiento posible es un crecimiento puramente cuantitativo a consecuencia del eventual incremento de la población y de las disponibilidades de mano de obra.

Ya a principios de este siglo, el pensamiento económico afrontó directamente el problema del desarrollo, gracias al economista austríaco Schumpeter, quien en 1912 publicó un libro fundamental, a este respecto, con el título de *Teoría del desarrollo económico* (1). Schumpeter, que vivió en los Estados Unidos desde 1932, aportó otras notables contribuciones a la teoría del desarrollo, las más importantes de las cuales están contenidas en su obra *Business Cycles*, aparecida en 1939 y *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, en 1942 (2).

(1) *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, 1912, 2.^a ed. Leipzig, 1926. La versión inglesa publicada en 1934 apareció bajo el título *The theory of Economic Development*, Cambridge (Mass.), 1934. (N. del T.: Existe versión castellana editada por el Fondo de Cultura de Méjico, bajo el título *Teoría del desenvolvimiento económico*, Méjico, 1957, 2.^a ed.)

(2) *Business Cycles* cit., 2 vol., New York, 1939; *Capitalism, Socialism and Democracy*, New York, 1942, 3.^a ed. 1950. (N. del T.: Existe traducción castellana de la 2.^a obra citada, bajo el título *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Aguilar, Méjico, 1961, 2.^a edición. A su vez, es traducción de la 2.^a edición inglesa.)

Las ideas de Schumpeter han sufrido, en sus líneas fundamentales, muy pocos cambios respecto a la primera aportación de 1912. En las obras posteriores se encuentran nuevas especificaciones y nuevos tratamientos de problemas particulares que no cambian el esquema general de la teoría. Antes de afrontarla, conviene señalar, siquiera sea brevemente, el hecho de que Schumpeter es autor de una historia de la ciencia económica que, aparte de la historia de las *Teorías de la plusvalía* de Marx es, con mucho, la mejor que nunca se ha escrito. La obra, con el título de *History of Economic Analysis*, ha sido publicada póstumamente en el año 1954 (1).

El primer punto a tener presente en la exposición de Schumpeter, es que considera el equilibrio walrasiano como el punto de partida de su teoría del desarrollo económico. Afirma, por un lado, que el sistema de Walras es indispensable para llegar a conocer las relaciones fundamentales que tienen lugar en un sistema económico y, por el otro, que no es posible comprender el proceso de desarrollo si no se señala de qué forma nace tal proceso a través de la ruptura del equilibrio estacionario. De las muchas afirmaciones contenidas en su obra es fácil comprender cómo Schumpeter consideraba a Walras como el más grande de todos los economistas, y esta opinión del máximo teórico del desarrollo económico constituye, ciertamente, un importante testimonio de la posición clave que el sistema de Walras ha tenido en la historia del pensamiento económico moderno.

2. Innovaciones y actividad empresarial.

Para los fines de la teoría schumpeteriana del desarrollo, la característica del estado estacionario walrasiano que merece ser puesta de relieve es el hecho de que lo considera como la imagen de un proceso de continua repetición, de las mismas cosas, ya sea en el campo de la producción, ya sea en el del consumo. Una vez que la competencia haya empujado el sistema hacia la posición de máximo rendimiento, se consigue una configuración que se repite infinitas veces en un ciclo siempre idéntico a sí mismo. La consecuencia a que se llega, así en particular, en el mundo de la producción, es el hecho de que la gestión de la unidad productiva, de la empresa, se

(1) *History of Economic Analysis*, New York, 1954 (traducción italiana *Storia dell'analisi economica*, 3 vol., Einaudi, Torino, 1959-60.)

reduce a una gestión de pura rutina. Toda empresa debe producir siempre los mismos tipos y las mismas cantidades de bienes, combinando siempre en la misma forma los factores necesarios de la producción.

En opinión de Schumpeter la ruptura de este mundo estacionario y, por lo tanto, el inicio de un proceso de desarrollo, ocurre también en el ámbito de la producción, a consecuencia de los acontecimientos que cambian muy profundamente los anacrónicos sistemas productivos. Tales cambios son clasificados por Schumpeter del siguiente modo. En primer lugar, la introducción de nuevos bienes — es decir, que no sean familiares a los consumidores — o bien, de una nueva calidad de cierto bien. En segundo lugar, la introducción de un nuevo método de producción, o sea, un mercado todavía no experimentado en aquel sector productivo en que tal introducción se ha producido y que no deriva completamente de algún descubrimiento científico, pero puede, sin embargo, consistir simplemente en una nueva forma de tratar una mercancía. En tercer lugar, la apertura de un nuevo mercado, es decir, de un mercado «nuevo» para una industria determinada, en el sentido de que los productos de tal industria no habían tenido nunca acceso, también independientemente del hecho de que tal mercado existiera o no anteriormente. En cuarto lugar, la conquista de una nueva fuente de oferta de materias primas o de productos semiacabados, de nuevo independientemente del hecho de que tal fuente existiera anteriormente, o bien, haya sido creada de nuevo. Finalmente, el establecimiento de una nueva organización de una determinada industria, como la creación de una posición de monopolio, o la ruptura de una posición de monopolio (1). Tales cambios vienen indicados globalmente con el término «innovaciones»; Schumpeter, además, llama «acto empresarial» a la introducción de una innovación en el sistema económico y «empresario» al que realiza tal acto. La empresa y el empresario son hechos específicos del desarrollo y totalmente inexistentes en el estado estacionario, en el que, repetimos, la dirección de la producción implica solamente una actividad de rutina que no se distingue de cualquier otro tipo de trabajo.

La distinción entre el empresario y el simple director de la empresa es, por lo tanto, fundamental; a menudo, las dos figuras coexisten en una misma persona o en un mismo órgano. La diferencia decisiva entre las dos funciones puede desta-

(1) *Teoría del desenvolvimiento económico*, pág. 77 de la versión castellana.

carce perfectamente refiriéndonos a la diferencia que existe, por ejemplo, entre la decisión relativa a la introducción de un nuevo proceso para la producción del tejido de lana y la decisión relativa a la adquisición de la cantidad de lana que es necesaria en el ámbito de un proceso productivo determinado.

3. *El beneficio.*

El resultado de la actividad empresarial es la consecución de un beneficio. El ejemplo más obvio de innovación que da lugar al beneficio es el de la producción de un bien, ya de uso común, a un coste unitario menor al que se produce en las restantes empresas, y ello porque en su producción se utiliza un procedimiento nuevo que comporta, por unidad de producto, una cantidad menor de uno o de todos los factores. En tal caso, el empresario comprará los instrumentos productivos que necesite a precios corrientes, los cuales tienen un nivel conforme a las condiciones bajo las que trabajan las «antiguas empresas», y venderá su producto al precio corriente el cual tiene un nivel conforme a los costes de las aludidas «viejas empresas». De ahí se deduce que obtiene unos ingresos superiores a sus propios costes y la diferencia es, concretamente, lo que se llama beneficio. Otros dos tipos de innovaciones, o sea, el cambio de la organización de la producción (por ejemplo, el aumento de las dimensiones de la empresa) y el descubrimiento de una nueva fuente, y menos cara, de oferta de recursos productivos, dan lugar a beneficios en forma perfectamente análoga a la indicada. Cuando lo sea la creación de nuevos bienes que satisfagan mejor determinadas necesidades, ya satisfechas por la producción corriente, la posibilidad del beneficio nace del hecho que el mayor precio recibido por la mejor mercancía supera en mucho el coste de las mercancías antiguas. En el caso del descubrimiento de nuevos mercados en los que un determinado bien, aunque de corriente obtención, era antes desconocido, el beneficio proviene del hecho que muchos de los nuevos adquirentes están dispuestos a pagar precios altos que no tienen ninguna conexión con los costes. Análogamente, cuando se crean bienes nuevos, que satisfacen nuevas necesidades o anteriormente no satisfechas, los precios no tienen, por lo menos al principio, ninguna relación con los costes (1).

(1) *Teoría del desenvolvimiento económico*, pág. 141-142 de la citada versión castellana.

En el estado estacionario, por lo tanto, al no existir innovaciones, no puede haber beneficios. También aquí nos encontramos ante un fenómeno típico del desarrollo económico, el cual, no obstante, en el curso del mismo desarrollo, tiende siempre a desaparecer continuamente aunque se replanteen continuamente las condiciones de su aparición. Por consiguiente, una vez que el beneficio haya tenido lugar en un punto del sistema, la condición que lo ha hecho aparecer, es decir, la innovación, se generaliza y el proceso competitivo, tendiendo a reintegrar los precios al nivel de los costes, determinará la desaparición del beneficio. Desaparición, entendámonos, desde el punto de vista de la empresa, porque en realidad, lejos de desaparecer realmente, se ha difundido, por un igual, por todo el sistema económico donde ha determinado un aumento de riqueza en correspondencia a los esfuerzos realizados, en el área de la producción. Pero, también, en términos estrictamente empresariales, si el proceso de introducción de las innovaciones no se detiene, el beneficio siempre reaparece, por lo que en un momento dado sucede siempre que se alcanzan rentas empresariales que tienen en cuenta la naturaleza del beneficio. Naturalmente, siempre es posible y, de hecho, sucede muy a menudo en el proceso histórico del desarrollo, que el mecanismo competitivo no funcione perfectamente. En tal caso, el beneficio, o una parte del mismo, no se difunde completamente por el sistema y tiende a conservarse en el ámbito de la empresa. Pierde, entonces, la naturaleza de beneficio, en cuanto no es más consecuencia de actos innovadores, pero se mantiene en el ámbito de una recuperación de la actividad rutinaria y, por ello, adquiere la naturaleza de una renta de monopolio.

4. *Las fases del desarrollo capitalista.*

Una vez definido el empresario en términos generales, aparece la cuestión de quien reviste efectivamente la función empresarial en una economía históricamente determinada como la economía capitalista, que es, en definitiva, aquel tipo de orden económico que constituye el objetivo específico de la investigación de Schumpeter. Conectada con esta cuestión está la de quiénes son, en tal economía, los receptores del beneficio. Esta segunda cuestión es parecida, pero no idéntica, a la primera, puesto que si la presencia del empresario es esencial para la aparición del beneficio, no se ha dicho que el receptor del beneficio sea el mismo empresario.

Para responder a esta pregunta es necesario indicar antes que, en opinión de Schumpeter, la innovación comporta, generalmente, la construcción de nuevas plantas o, por lo menos, una transformación radical de las existentes. Esto no es absolutamente indispensable, pero es de suponer que todas las innovaciones que no lleven anexa dicha consecuencia sean innovaciones de menor cuantía, tales que no sean características de un proceso de desarrollo. La creación de nuevas instalaciones, a su vez, puede efectuarse mediante la aparición de nuevas empresas, o bien, mediante la ampliación de las empresas antiguas. A este respecto, Schumpeter distingue dos fases en la historia del capitalismo: la primera, llamada «capitalismo competitivo», y la segunda, «capitalismo monopolista» (1). La primera fase viene caracterizada por empresas de dimensiones no excesivamente grandes respecto a la amplitud del mercado, y en ella la introducción de innovaciones lleva aparejada generalmente la creación de nuevas empresas. En la segunda fase, por el contrario, aparecen siempre más a menudo las unidades de grandes dimensiones, las cuales están en condiciones de alimentar el proceso innovador por sus propios recursos, es decir, sin que las innovaciones comporten la aparición de nuevas empresas que se pongan a competir con las antiguas. Después de esto, debe indicarse que la identificación del empresario no es nunca una operación fácil porque nadie ha sido nunca solamente empresario, ni lo ha sido siempre, continuamente. Schumpeter destaca que en el período del capitalismo competitivo la función empresarial viene desarrollada, generalmente, por los mismos propietarios de las empresas. La cuestión, por el contrario, aparece mucho más compleja en la época del dominio de las grandes unidades empresariales, en las que la función empresarial puede ser desarrollada por quien controla la empresa, que en las sociedades por acciones es el accionista, o por los responsables de la dirección de las empresas o, sin más, por los simples funcionarios, y puede residir en personas individuales o en órganos colectivos. Una vez que se haya obtenido, pues, el beneficio, el hecho de que venga más o menos percibido por el empresario, es una cuestión de índole institucional. En el caso de las empresas familiares el beneficio viene normalmente percibido por los mismos que han desarrollado la actividad empresarial y, en tal caso, constituye generalmente el origen de aquellas grandes fortunas sobre las que se fundan las dinastías industriales. En el sistema industrial, basado en las grandes socie-

(1) *Business Cycles* cit., vol. I, pág. 96

dades por acciones, por el contrario, el beneficio, como tal, pertenece a la empresa, y su distribución se convierte en un problema de política económica de la empresa; pueden recibirlo los accionistas o los miembros del consejo de administración o, también, los funcionarios, y los trabajadores, independientemente de quien haya efectivamente desarrollado la función de empresario. En la indeterminación de este problema de la percepción queda, pues, bien sentado el hecho de que, para Schumpeter, el beneficio no puede ser en ningún caso la recompensa del riesgo, como muchos otros economistas han afirmado. El riesgo, señala Schumpeter, viene soportado por el capitalista y no por el empresario, y el empresario lo soporta sólo en la medida en que sea también eventualmente propietario del capital.

5. Crédito y ahorro.

Si se admite que las innovaciones o, por lo menos, las innovaciones que son importantes realmente para el proceso de desarrollo, se traducen en nuevas instalaciones, aparece de pronto el problema de la forma en que tales innovaciones puedan venir financiadas. En el estado estacionario, toda empresa financia sus propias operaciones mediante la utilización de sus ingresos normales. Pero el empresario que deba construir la instalación en la que se realiza su innovación, necesita poseer un poder adquisitivo nuevo, es decir, que antes no existía, que le permita adquirir y poner bajo su control determinados recursos productivos, los cuales vienen así distraídos de sus anteriores ocupaciones y dirigidos hacia aquellos nuevos empleos que la innovación exige. Esta disponibilidad de nuevos medios de pago se realiza mediante el crédito que para Schumpeter es otra de las características fundamentales en el desarrollo económico. Como en una economía planificada la realización de un proceso innovador requeriría un orden por parte de la autoridad planificadora que desviase los recursos productivos de sus ocupaciones corrientes hacia nuevas utilidades, así en una economía capitalista el crédito, en las manos de los empresarios, adquiere una función análoga, porque permite a éste utilizar para sus fines una parte de la riqueza del sistema. Naturalmente, puede ocurrir que una innovación sea financiada no mediante crédito sino mediante ahorro, es decir, en la definición de Schumpeter, mediante fondos ahorrados por los individuos o por las empresas detrayéndolos de sus ingresos corrientes. Pero, en la lógica del sis-

tema schumpeteriano, esta posibilidad debe ser excluida, puesto que el ahorro no existe o existe en medida del todo insuficiente en el estado estacionario. La fuente principal por la que se constituye, no es sino la de los beneficios que se sustraen al proceso de difusión determinado por la competencia. Parece claro que si se incluyera el ahorro entre los factores que dan lugar al desarrollo, se incluiría en las premisas parte de lo que es preciso explicar. En otras palabras, la financiación de las inversiones innovadoras fuera de la actividad crediticia es un fenómeno que pertenece a un sistema ya desarrollado. Schumpeter advierte que debe tenerse en cuenta que esta sucesión lógica debe, necesariamente, corresponder a la sucesión histórica. Es decir, si la creación de crédito por parte del sistema bancario se produce en un plano lógico, al principio del proceso de desarrollo, esto no representa tampoco una realidad histórica concreta. En realidad, en un plano concretamente histórico, se necesitaría tener en cuenta la circunstancia de que al principio del desarrollo capitalista las empresas eran lo suficientemente pequeñas para tener que ser financiadas, necesariamente, con medios provenientes del ahorro obtenido por los sistemas económicos precedentes (1).

Se puede decir, probablemente, que para Schumpeter esta fase inicial de «iniciación primitiva» ha sido seguida, en el sistema capitalista, tal como se ha venido desarrollando históricamente, por otras dos fases, que vienen dadas por su distinción entre «capitalismo competitivo» y «capitalismo monopolista». A la primera, correspondería el gran desarrollo del sistema crediticio que se manifiesta a través del pleno despliegue de su función esencial: la financiación de las innovaciones. Están presentes, naturalmente, ya sea, por un lado, las funciones secundarias del sistema crediticio (financiación de las transacciones comerciales corrientes), ya sea, por el otro, la utilización del ahorro proveniente de rentas dinámicas (beneficios) para la financiación de las actividades empresariales; pero la característica fundamental de la fase en cuestión residiría en el hecho de que la banca vuelve a crear continuamente en el sistema las condiciones financieras del desarrollo frente a la sistemática anulación, por parte de la competencia, de las rentas dinámicas. En la segunda fase se reproducen, de cualquier forma, ya sea a distinto nivel y en muy distintas condiciones, algunas características del período inicial, al menos en el sentido que el desarrollo y la consolidación de empresas de dimensiones siempre más amplias y el fortalecimiento de

(1) *Business Cycles* cit., pág. 82-83 y 230.

todos los métodos dirigidos a obstaculizar el desarrollo de la competencia, son fenómenos que tienden a establecer fuentes internas permanentes de ahorro en el seno mismo de las empresas y, por lo tanto, a relegar a la banca dentro de los límites de sus funciones secundarias.

6. Competencia y monopolio.

La distinción schumpeteriana entre «capitalismo competitivo» y «capitalismo monopolista» sirve para poner de relieve otra cuestión de gran importancia para la teoría económica; se trata de la definición misma de competencia y monopolio. En la teoría del equilibrio, como se tuvo ocasión de indicar, la competencia ha sido definida en términos perfectamente estáticos, es decir, como aquella forma de mercado que consiste en un conjunto numeroso de empresas, que producen los mismos bienes, y muy pequeñas con respecto a la amplitud global del mercado, que no pueden tener ninguna influencia sobre el precio. Es evidente que una estructura de mercado como ésta no es de fácil aparición en la realidad; y veremos cuantas críticas se dirigen, a este respecto, a la teoría clásica de la competencia, también con referencia a un campo puramente estático. Pero, ahora, nos interesa la crítica de Schumpeter a este concepto walrasiano-marshalliano de la competencia, crítica que se diferencia de las otras porque se realiza desde un punto de vista dinámico, conforme a las características generales del sistema schumpeteriano.

Para Schumpeter, pues, la verdadera competencia que tiene lugar en la economía capitalista no es aquella que se ejerce entre las pequeñas empresas que producen la misma mercancía, sino que es la que ejercen las empresas innovadoras, las empresas en las que se desarrolla una cierta actividad empresarial, las que son activas en comparación con las otras; no es la competencia que tiene lugar entre bienes idénticos, producidos todos de la misma forma, sino aquella que los productos nuevos hacen a los viejos, o los nuevos procedimientos hacen a los antiguos. Este proceso competitivo también ha sido llamado por Schumpeter el proceso de la «destrucción creadora», denominación con la cual se destaca que la competencia efectiva viene dada por los efectos que las innovaciones hacen sentir sobre las empresas existentes (1).

Este concepto de competencia lleva consigo un concepto

(1) *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, op. cit. capítulo VII.

de monopolio, aunque distinto del clásico. La primera cosa que debemos tener en cuenta es que la introducción de innovaciones comporta, inevitablemente, un cierto grado de monopolio. En realidad, antes de que la innovación se haya difundido, el monopolio del empresario innovador y el beneficio que este último obtiene se debe, precisamente, a este monopolio. Se trata, naturalmente, no de un monopolio absoluto, como el considerado por la economía clásica en el ámbito de una formulación estática, sino de un monopolio temporal que, en condiciones normales, está destinado a desaparecer durante el proceso dinámico de la competencia, el cual primero generaliza la innovación que inicialmente ha conseguido dicho monopolio y después somete tal innovación a la comparación con las otras innovaciones que continuamente aparecen en el sistema económico. Naturalmente, puede darse perfectamente el caso — y lo habíamos ya indicado — que ciertas empresas corran el riesgo de sustraerse a este proceso competitivo, en cuyo caso, mientras sus beneficios toman las características de la rentabilidad, su posición en el mercado se aproxima a la del monopolio típico de carácter permanente. Esto se ha verificado cada vez con mayor frecuencia en la historia del capitalismo. Todavía Schumpeter nos previene al considerar unilateralmente las repetidas «prácticas monopolísticas» como síntomas de una estructura patológica que reduciría el ritmo de desarrollo. A este respecto, su argumentación se puede reducir a los dos puntos siguientes: Primeramente, debemos señalar que la gran empresa, en la que es fácil encontrar el ejercicio de prácticas monopolísticas, lejos de ser un obstáculo para las innovaciones, es aquel lugar en el que las innovaciones son favorecidas en mayor grado, a consecuencia de la mayor facilidad con la que se puede alimentar la investigación y la experimentación científica en las grandes unidades de producción. En segunda circunstancia, la suspensión del proceso competitivo también por un período demasiado largo, no es más que una serie de seguridades frente al riesgo que podría ser insoportable en condiciones de mercados rápidamente cambiantes, y cuya cobertura requiere, pues, acciones dirigidas a la estabilización del mercado (como patentes, secretos industriales, estipulaciones previas de contratos a largo plazo, acuerdos de cártel, precios preestablecidos, etc.). (1).

El paso, pues, del capitalismo competitivo al capitalismo monopolista, es decir, el paso de la fase en que las innovaciones se incorporan nuevamente a las nuevas empresas, a la

(1) *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, op. cit., capítulo VIII.

fase en la que las innovaciones se efectúan preferentemente por las empresas ya existentes, no comporta, para Schumpeter, una disminución de la intensidad del desarrollo económico, ni en el hundimiento de su calidad, sino que, más bien al contrario, se puede decir que, en tal intervalo, el desarrollo se haya, incluso, acentuado. Schumpeter rechaza, sin embargo, la tesis, sostenida ya por otros y sobre la que deberemos detenernos inmediatamente, según la cual el capitalismo está destinado a una crisis final por razones inherentes a su mecanismo económico. Está convencido, para usar sus propias palabras, que para el capitalismo «sea imposible sobrevivir», pero basa esta convicción suya en consideraciones de naturaleza extraeconómica. Las ideas de Schumpeter sobre este punto serán examinadas inmediatamente, junto con otras teorías relativas a la suerte final de la economía capitalista.

7. *Las fluctuaciones cíclicas.*

Según Schumpeter, el desarrollo económico capitalista, tal como ha sido generado por los procesos innovadores, no se desarrolla de forma continua y uniforme, sino que tiene lugar a través de una sucesión periódica de ciclos (1). El ciclo económico, en otras palabras, no es un aspecto accesorio del capitalismo, pero, como lo había señalado ya Marx, es el modo por el cual se manifiesta el desarrollo en esta economía. Para Schumpeter la base sobre la que aparece el proceso cíclico reside en que las innovaciones no se distribuyen uniformemente a lo largo del tiempo, sino que tienden a concentrarse o, como él dice, a «agruparse» durante determinados períodos. Esto es, sobre todo para Schumpeter, un dato que de hecho se deduce de la historia del sistema capitalista, que él explica considerando que la introducción de una innovación requiere la ruptura de una serie de «resistencias sociales» que, en general, se oponen a todo lo que se presenta como sustancialmente nuevo y distinto de las líneas tradicionales del proceso productivo, y la superación de las cuales es más fácil cada vez que cualquiera, dotado de un espíritu empresarial más fuerte que el normal, haya abierto el camino de la lucha contra tales

(1) *Teoría del desenvolvimiento económico* op. cit. capítulo VI; *Business Cycles*, op. cit., donde la cuestión de las fluctuaciones cíclicas viene tratada, teórica, estadística e históricamente.

líneas tradicionales. Por otra parte, la llamada «agrupación de las innovaciones» está, más pronto o más tarde, destinada a agotarse, puesto que, con el decurso del tiempo, la masa de mercancías nuevas que proceden de dichas innovaciones, presionan en el mercado, en medida siempre mayor, lo que unido al creciente ritmo de reembolso de los débitos por parte de los empresarios innovadores, provoca tensiones deflacionarias que disminuyen las perspectivas de beneficios y el ritmo de introducción de las innovaciones. Este mecanismo es, pues, para Schumpeter, el factor fundamental de la marcha cíclica del desarrollo. Se debe observar, por último, que la desigual distribución en el tiempo de las innovaciones aparece más como un efecto que como una causa del ciclo económico y que, más que nunca, se trata de un elemento que amplía las fluctuaciones cíclicas. En este último aspecto la aportación de Schumpeter, si verdaderamente es notable, necesita ser integrada, sin embargo, en una teoría más general de las fluctuaciones, tal como la que el pensamiento económico ha formulado después de Keynes. De esto nos ocuparemos en seguida. Por ahora queremos destacar, todavía, que para Schumpeter el período que debe mediar entre la adopción de una innovación y el momento en que ésta comienza a dar sus frutos bajo la forma de mercancías que se vuelcan sobre el mercado, varía según la naturaleza de la misma innovación y que es éste el origen de la existencia de ciclos de distinta periodicidad. Schumpeter, a partir de una base experimental, distingue tres tipos de ciclos: el primer tipo constituido por las llamadas «ondas largas» (ciclos de Kondratieff), que tienen un período variable entre 54 y 60 años (de ellos, históricamente verificados, el primero, que comprende desde 1783 a 1842; el segundo, de 1842 a 1897 y el tercero, que todavía está en vigor); el segundo tipo está constituido por ciclos que tienen una duración de 9-10 años (ciclos de Juglar), de los que un ciclo de Kondratieff contiene aproximadamente seis; el tercer tipo es el constituido por ciclos que tienen una duración de cerca de 40 meses (ciclos de Kitchin), de los que tres constituyen un ciclo de Juglar, aproximadamente. Ninguno de los ciclos históricamente verificados viene asociado a un determinado grupo de innovaciones. La naturaleza cíclica de las «ondas largas» es, por otro lado, una cuestión objeto de controversia, puesto que, según la opinión de otros estudiosos del ciclo económico, en la medida en que es posible verificar la existencia de movimientos de tan largo período, se trata de sucesos asociados a los elementos extraños al mecanismo económico en sentido estricto. Tal cuestión, sin embargo, aún cuando fuera resuelta

en sentido desfavorable a la tesis de Schumpeter, no perjudica de hecho la idea central de este último, es decir, que en el capitalismo el desarrollo tiene inevitablemente una naturaleza cíclica. Cómo esta proposición venga modificada teniendo en cuenta los últimos desarrollos de esta economía, es un problema que en el ámbito del sistema schumpeteriano puede ser afrontado teniendo en cuenta, tan sólo, los cambios extra-económicos que se han ido verificando en el capitalismo y de los que, como ya hemos dicho, nos ocuparemos en seguida.